

dentro; el cuerpo era muy gordo y muy largo y los pies quedaron fuera.

Después le cargaron sobre la carretilla.

—¡Le aseguro á usted,—declaró Sambuc,—que vamos á echarle al Meuse!

—¡Pero tened cuidado, atadle dos piedras grandes para que no flote!

Y en la noche negra, sobre la nieve pálida, desapareció el pequeño cortejo, sin hacer más ruido que el que producía la carretilla.

Sambuc juró que había echado á Goliath al río atado con dos piedras. Pero el cuerpo flotó, los prusianos le descubrieron á los tres días en Pont Maugis; y su furor no tuvo límites, cuando retiraron el cuerpo de aquel hombre degollado, como un cerdo. Debieron hablar demasiado los vecinos de Reimilly, porque fueron á apresar al alcalde y al señor Fouchard, como culpables de apoyar á los voluntarios á los que se acusaba de aquel asesinato. Y el señor Fouchard en aquella ocasión estuvo admirable, con su impasibilidad de viejo aldeano, conociendo la fuerza invencible del silencio y de la sangre fría. Se dejó llevar, sin hacer manifestación alguna de asombro, sin pedir explicaciones. Ya se veía lo que pasaba. En el pueblo se decía en voz baja, que había ganado una fortuna con los prusianos, y que había ido enterrando el dinero poco á poco, á medida que lo ganaba.

Cuando Enriqueta conoció todo lo ocurrido, volvió á estar intranquila. Juan, por temor de comprometer á los que le habían dado albergue, quería marcharse, aunque el doctor decía se encontraba demasiado débil y deseaba que aguardase quince días más, apenado también por la idea de una separación. Cuando fué detenido el señor Fouchard, pudo librarse escondiéndose en el pajar, pero podían cogerle de un momento á otro. Además, Enriqueta estaba muy preocupada con lo que pudiera

ocurrirle á su tío. Se decidió ir á Sedán para ver á Delaherche, en cuya casa estaba alojado un oficial muy influyente.

—Cuide usted bien al enfermo, Silvina,—dijo al marcharse;—déle usted el caldo al mediodía y la medicina á las cuatro.

Silvina, entregada á sus ocupaciones habituales, había vuelto á ser la mujer de siempre, trabajadora y sumisa, dirigiendo los trabajos en ausencia del amo, mientras que Charlot brincaba y reía á su lado.

—No tenga usted cuidado, señora; no le faltará nada. Yo me encargo de cuidarle.

VI

En Sedan, en la calle Maqua, en casa de los Delaherche, había vuelto á normalizarse la vida, después de las terribles sacudidas de la batalla y de la capitulación, y pasaban los días, hacía cuatro meses, tristes, con la ocupación militar de los prusianos.

Un rincón de los vastos edificios de la fábrica permanecía cerrado, como inhabitado: era el cuarto que ocupaba el coronel de Vineuil. Mientras que las otras ventanas se abrían, dejando pasar el aire, el ruido, la vida, las de aquella habitación tenían las persianas constantemente cerradas muy herméticamente. El coronel se quejaba de la vista, pues la luz del día le hacía sufrir mucho, y no se sabía si mentía; día y noche tenía en su cuarto una lámpara. Durante dos largos meses permaneció en cama, aunque el médico Bouroche había diagnosticado que solo tenía una rozadura en la canilla: la herida no se cerraba, habían ocurrido muchas complicaciones. Ahora se levantaba, pero anonadado moralmente, sufriendo una enfermedad desconocida, y se pasaba los días echado sobre un canapé, delante de

la chimenea. Adelgazaba, parecía una sombra, sin que el médico que le cuidaba pudiese encontrar ninguna lesión, ni averiguar la causa de aquella muerte lenta; se apagaba como una llama.

Y la señora Delaherche, la madre, se había encerrado con él desde el día siguiente al en que ocuparon la ciudad los prusianos. Debían haberse comprendido en pocas palabras, una vez para siempre, sobre el deseo de enclaustrarse entre aquellas cuatro paredes, mientras que los prusianos viviesen en la casa. Muchos habían pasado dos ó tres noches; un capitán, el señor Gartlauben, vivía allí aun. Ni el coronel ni la señora habían vuelto á hablar de esas cosas. A pesar de sus setenta y ocho años, la señora Delaherche se levantaba al amanecer, é iba á instalarse enfrente de su amigo, en una butaca al otro lado de la chimenea y á la luz de la lámpara, se entretenía haciendo medias para los pobres, mientras que él, fijos los ojos en la lumbre, no hacía nunca nada, parecía vivir presa de un pensamiento, de un estupor que seguía aumentando. No hablaban veinte palabras al cabo del día; la había hecho callar, cuando ella que iba y venía por la casa, intentó darle algunas noticias de fuera, de manera que nada de la vida exterior penetraba allí y no sabía nada del sitio de París, de las derrotas del ejército del Loire, ni de los cotidianos sobresaltos que producía la invasión. Pero en aquella voluntaria tumba, aunque el coronel se negaba á dejar penetrar la luz del día, aunque se tapaba los oídos, todo el terrible desastre, todo el duelo llegaba hasta él, por las hendidas, con el aire que respiraba: porque de día en día se moría como si fuese envenenando lentamente.

Durante ese tiempo, á la luz del día, Delaherche se agitaba, trataba de abrir su fábrica. No había podido poner en marcha más que algunos telares, en medio del trastorno que se había apoderado de los

obreros y de los clientes. Para ocupar el tiempo se le ocurrió hacer un inventario de su fábrica y estudiar algunos perfeccionamientos con los que soñaba hacía algún tiempo. Tenía para auxiliarle á un joven que fué á parar á su casa después de la batalla, el hijo de uno de sus clientes, Edmundo Lagarde, que había crecido en Passy, en la tienda de su padre, sargento en el 5.º de línea, de veintitres años, aunque no representaba más de diez y ocho; había recibido un balazo en el brazo izquierdo, y Delaherche, desde que se habían llevado los heridos del cobertizo, lo tenía con él por compasión. De este modo Edmundo formaba parte de la familia, comiendo, durmiendo, viviendo allí, sirviendo de secretario al fabricante, mientras llegaba la hora de poder regresar á su casa. Gracias á la protección de este último y bajo promesa formal de no escaparse, los prusianos le dejaban en paz. Era rubio, con ojos azules, bonito como una mujer y tan tímido, que se ponía colorado por cualquier motivo. Su madre le había educado en un colegio, gastando con él los pocos beneficios que dejaba la tienda. Y echaba de menos á París, al que adoraba aquel querubín herido, que Gilberta había cuidado como á un compañero.

La casa tenía además otro huésped, el señor Gartlauben, capitán de la landwehr, cuyo regimiento había reemplazado en Sedan el ejército activo. A pesar de su grado modesto, era un personaje influyente, porque su tío era el gobernador general, instalado en Reims, que ejercía un poder absoluto sobre toda la región. El también conocía París, le gustaba, conocía sus refinamientos y ocultaba su rudeza nativa bajo una corrección de hombre bien educado, siempre de uniforme, alto y grueso, se quitaba años y se desesperaba de tener cuarenta y cinco. Con más inteligencia hubiera podido ser terrible; pero su excesiva vanidad le dejaba siempre

satisfecho, porque no le cabía en la cabeza que pudieran burlarse de él.

Mas tarde fué para Delaherche un verdadero salvador. Pero en los primeros días de la capitulación ¡que días tan horrorosos! Sedan invadido, poblado de soldados alemanes, temía el saqueo. Luego las tropas victoriosas refluieron hacia el valle del Sena; sólo quedó una guarnición y la ciudad quedó en la ciudad quedó en la paz de una necrópolis: las casas siempre cerradas, las tiendas lo mismo, las calles desiertas al anochecer, recorridas por patrullas. No llegaban cartas ni periódicos. Era el calabozo amurallado, la brusca amputación, en la ignorancia y con la angustia de los nuevos desastres que presentían. Para colmo de desgracias, el hambre amenazaba hacer estragos. Una mañana se despertaron sin pan, sin carne, arruinado el país, como destrozado por nube de langosta, desde hacia ocho días que rodaba por él aquella oleada de cientos de miles de hombres. La ciudad no tenía víveres más que para dos días y había sido preciso pedirlos á Bélgica de donde procedía todo, á través la frontera abierta, de donde había desaparecido la aduana, arrastrada también por la catástrofe. Por último, eran las continuas vejaciones entre la comandancia militar prusiana instalada en la sub prefectura y el municipio que estaba en sesión permanente en el Ayuntamiento. Este último, heroico en su resistencia administrativa, hacía inútiles esfuerzos, discutía, cedía poco á poco, pero el vecindario tenía que sucumbir bajo las crecientes exigencias y los frecuentes y caprichosos registros.

Primero Delaherche sufrió mucho con los soldados y los oficiales que tuvo que alojar. Todas las nacionalidades desfilaban por su casa con la pipa en la boca. Cada día caían de improviso sobre la ciudad, dos mil hombres, tres mil hombres, infantes y jinetes; y aunque solo tenían derecho á cama y lumbre,

tenían que ir á menudo en busca de provisiones. Los cuartos donde dormían quedaban hechos basureros. A menudo los oficiales volvían berrachos y eran más insoportables que los soldados. Pero la disciplina los sujetaba tanto, que las denuncias de saqueo y de violencias eran escasas. En todo Sedan no se citaban más que dos mujeres violadas. Más tarde, cuando París se resistió, hicieron sentir su mano dura, desesperados de ver que se eternizaba la lucha, temiendo siempre un alzamiento en masa, esa guerra de escaramuzas que les hacían los voluntarios.

Delaherche acababa de albergar á un comandante de coraceros, que dormía con las botas puestas, el cual, al marcharse, había dejado basura hasta encima de chimenea, cuando, el 15 de Septiembre el capitán Gartlauben, se presentó en su casa, una noche en que diluviaba. El primer momento fué bastante duro. Hablaba fuerte, pedía el mejor cuarto y hacía sonar el sable en la escalera. Pero, al ver á Gilberta, se moderó, pasó muy tieso, saludando. Era muy adulado porque sabían que una tarjeta suya dirigida al coronel que mandaba en Sedan, bastaba para suavizar asperezas y poner en libertad á un preso. Su tío, el gobernador general, había lanzado un edicto, decretando el estado de guerra y castigando con pena de muerte á toda persona que sirviese al enemigo como espía, extraviando las tropas alemanas que debían guiar, ó destruyendo puentes, cañones, líneas telégraficas y vías férreas. El enemigo eran los franceses; el corazón de los vecinos de Sedan saltaba dentro del pecho leyendo aquel cartel blanco, pegado á la puerta de la Comandancia militar, que convertía en crímenes sus angustias y sus ardientes deseos. ¡Era ya bastante duro llegar á saber las nuevas victorias del ejército alemán, por los hurras de la guarnición! Cada día traía su duelo: los soldados encendían grandes hogueras,

cantaban, se emborrachaban durante toda la noche, mientras que los vecinos, obligados á meterse en casa á las nueve de la noche, los oían desde sus casas, tristes, poseídos de incertidumbre, adivinando una nueva desgracia. En una de esas circunstancias, á mediados de Octubre, el señor de Gartlauben, dió por primera vez prueba de delicadeza. Desde por la mañana Sedan volvía á tener esperanza; circulaba el rumor de que el ejército del Loire había obtenido una gran victoria y se dirigía á París. ¡Pero se habían cambiado tantas veces en malas las buenas noticias! Y por la noche se supo en efecto que los bávaros se habían apoderado de Orleans. En la calle Maqua en una casa que daba frente a la fábrica, alborotaron tanto unos soldados, que Gilberta se emocionó mucho, y al notarlo el capitán prusiano, bajó á la calle para hacerlos callar.

El mes pasó y el señor Gartlauben prestó aún algunos servicios. Las autoridades prusianas habían reorganizado los servicios administrativos, habían instalado un sub prefecto alemán en Sedán, lo que no impedía continuaran las vejaciones, aunque éste se mostrase relativamente razonable. Entre las continuas dificultades que renacían entre la comandancia militar y el municipio, una de las más frecuentes era el embargo de coches y carruajes y se produjo un conflicto un día que Delaherche no pudo enviar su coche á la sub prefectura: fué detenido el alcalde y él mismo hubiera ido á hacerle compañía á la ciudadela, sin la intervención del capitán, que logró aplacar las iras del jefe militar de Sedan. Otro día por su intervención logró concediera un plazo á la ciudad para pagar una multa de treinta mil francos que le había sido impuesta por no haber terminado la reconstrucción del puente de la Villette, un puente que los prusianos habían destruído. Pero, especialmente después de la capitulación de Metz, fué cuando Delaherche tuvo que

agradecer la influencia de su huésped. La noticia cayó en Sedan como un rayo, era la destrucción de sus ultimas esperanzas; y á la semana siguiente empezaron á pasar las tropas, torrentes de hombres que bajaban de Metz, el ejército del príncipe Federico Carlos que se dirigía hacia el Loire, el del general Manteuffel que se dirigía á Amiens y Rouen, otros cuerpos de ejército que iban á reforzar á los sitiadores alrededor de París. Durante varios días las casas se llenaron de soldados, las panaderías y carnicerías fueron saqueadas, no quedó ni una migaja, y las calles volvieron á oler á estiércol como después del paso de los grandes rebaños. La fábrica de la calle de Maqua se vió libre de aquel desbordamiento; preservada por una mano amiga, sólo albergó á algunos jefes de alta categoría, personas bien educadas.

Delaherche acabó por abandonar su actitud fría. Las familias acomodadas se encerraban en sus habitaciones, evitando el trato con los oficiales que hospedaban. Pero á Delaherche, con la necesidad que sentía de hablar, de moverse, de agradar, no le gustaba representar aquel papel de vencido intratable. Su casa, donde cada cual vivía aparte, odiándose, le mortificaba. Así es que un día empezó á hablar en la escalera con el capitán, dándole las gracias. Y poco á poco los dos hombres hablaban cuando se encontraban; de modo que una noche el capitán prusiano se encontró sentado en el despacho del fabricante, fumando un cigarro al amor de la lumbre, charlando sobre las últimas noticias. Durante los primeros quince días, Gilberta no se presentó, y el capitán hacía como que ignoraba su existencia, aunque al menor ruido volvía la cabeza. Parecía querer hacer olvidar su situación de vencedor, se presentaba muy correcto y amable y se burlaba de algunos registros que hacían las tro-

pas alemanas. Así, un día que embargaron un ataúd, se rió mucho. En cuanto al carbón, aceite, leche, azúcar, manteca, pan, carne, sin contar las ropas, las estufas y las lámparas, en fin, todo lo que se come, todo lo que sirae para la vida.

—¿Qué quiere usted?—decía;—convengo que se pide demasiado, pero son cosas de la guerra. Y hay que vivir en país conquistado.

Delaherche, á quien molestaban mucho aquellas peticiones de víveres y utensilios, las examinaba detenidamente. Pero no tuvieron más que una discusión un poco fuerte, con motivo de la contribución de un millón de francos que el prefecto prusiano de Rethel había impuesto al departamento de los Ardennes, con el pretexto de compensar las pérdidas que los buques de guerra franceses causaban y para indemnizar á los alemanes expulsados. En el reparto correspondieron cuarenta y dos mil francos á Sedan. Se esforzó en hacer comprender á su huésped que aquello era inicuo, que la situación de Sedan era excepcional, que había sufrido demasiado. Los dos salían más amigos, él satisfecho de la oleada de sus palabras y el prusiano contento de haber dado pruebas de su buena educación.

Una noche, impensadamente, entró Gilberta, haciéndose como que se sorprendía al verle. El señor Gartlauben se había levantado y tuvo la galantería de retirarse. Pero al día siguiente encontró á Gilberta sentada y entonces ocupó su puesto al lado de la chimenea. Entonces empezaron las veladas agradables, al lado de la lumbre. Más tarde, cuando Gilberta consintió en tocar el piano, iba al salón dejando la puerta abierta para que oyera el huésped. En aquel crudo invierno, los árboles de los Ardennes ardían á grandes llamaradas en el fondo de la alta chimenea. A las diez tomaban el té y pasaban el rato charlando como buenos ami-

gos. Y el señor Gartlauben, se había enamorado de aquella mujer tan alegre, que coqueteaba con él, como otras veces en Charleville con los amigos del capitán Beaudoin.

El se cuidaba más, se mostraba muy galante, contentándose con el menor favor, atormentado por el único deseo de que no le confundieran con un soldadote grosero, que violentaba mujeres.

Y la vida se hizo así menos pesada en el caserón de Delaherche.

Mientras que en las comidas Edmundo, con su linda carita de querubín herido, contestaba con monosílabos á la charla de Delaherche, poniéndose colorado en cuanto Gilberta le pedía la sal, ¡por las noches, mientras que el señor Gartlauben escuchaba atentamente una sonata de Mozart que Gilberta tocaba al piano, el cuarto de al lado donde vivían el coronel y la señora Delaherche permanecía silencioso, las persianas cerradas, la lámpara siempre encendida, como una tumba alumbrada por un cirio. Diciembre había envuelto la ciudad con un manto de nieve, las malas noticias se ahogaban con el frío intenso. Después de la derrota del general Ducrot en Champigny, después de la pérdida de Orleans, no quedaba más que una sombría esperanza, la de que la tierra francesa se hiciese la vengadora, devorando á los vencedores. ¡Que la nieve siguiera cayendo en espesos copos, que el suelo se abriese bajo la capa de hielo, para que Alemania entera encontrase allí su tumba! Y una nueva angustia ahogaba á la señora Delaherche. Una noche en que su hijo se hallaba ausente de Bélgica, para sus negocios, había oído al pasar delante del cuarto de Gilberta ruidos de besos, mezclado con risas. Sobrecogida, entró en su cuarto, espantada por aquel sacrilegio que sospéchaba: no podía ser más que el prusiano que se encontraba allí, y creía haber notado ya algunas miradas de inteligencia en-